



UNIVERSIDAD DE JAÉN
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Trabajo Fin de Grado

**El poblado de Deir el-
Medina**

Alumno/a: Vanessa Leal Muro

Tutor/a: Prof. D. Alejandro Jiménez Serrano
Dpto.: Antropología, Geografía e Historia

Mayo, 2019

Índice

Resumen.....	3
Palabras clave.....	3
1. Introducción.....	4
1.1. Presentación del área de estudio: el poblado de Deir el-Medina.....	4
1.2. Objetivos, metodología y fuentes.....	8
2. Historia de la excavación.....	9
3. Cuestiones sociales y económicas.....	13
3.1. Las casas.....	14
3.2. La fuerza laboral.....	20
3.3. Proceso de construcción	24
3.4. Ingresos entre los trabajadores.....	26
3.5. La primera huelga de la historia.....	28
3.6. El papel de la mujer. La familia.....	31
4. Religión.....	35
5. Administración de justicia.....	42
6. Aspectos intelectuales.....	46
6.1. La enseñanza.....	47
7. Conclusiones finales.....	51
8. Referencias bibliográficas.....	52

Resumen

El poblado de trabajadores de Deir el-Medina es uno de los asentamientos mejor documentados del Antiguo Egipto. Durante más de cuatrocientos años, sus habitantes construyeron las tumbas reales de sus soberanos, recibiendo a cambio numerosos privilegios y un buen nivel de vida. Conocemos los detalles de su día a día gracias a los óstraca, fragmentos de cerámica o piedra caliza usados para sus anotaciones. En la villa, una escuela estaba activa así como un tribunal para resolver disputas internas. En las laderas de las colinas circundantes se construyeron numerosas capillas de culto dedicadas a varias deidades y una vasta necrópolis. El asentamiento fue abandonado a principios de la dinastía XXI.

Palabras clave: Urbanismo antiguo, Reino Nuevo, Óstraca, Obreros

Abstract

The workers' village of Deir el-Medina has gone down in history as one of the best documented villages from Ancient Egypt. For more than four hundred years, they built the royal tombs of their sovereigns who received in exchange numerous privileges and a good standard of living. We know the details of their daily life from the ostraca, pieces of pottery or limestone used for their annotations. In the village, a school was in use as well as a court to solve internal disputes. In the surrounding hillsides many chapels dedicated to different deities were built. In this area it was situated a vast necropolis. The settlement was abandoned at the beginning of 21st dynasty.

Key words: Ancient urbanism, New Kingdom, Ostraca, Workers

1. Introducción

1.1. Presentación del área de estudio: el poblado de Deir el-Medina

Entre los contrafuertes de la colina tebana y la de Qurnet Murai, a unos veinte o treinta minutos a pie del Valle de los Reyes, se encuentra el pueblo, así como también la necrópolis, de los trabajadores-especialistas de las tumbas reales del Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas, que residieron allí durante el periodo más brillante de toda la era del Antiguo Egipto: el Reino Nuevo (1550-1080 a.C.). Hablamos de Deir el-Medina, único poblado de obreros y artesanos habitado durante un lapso aproximado de 400-450 años, y de forma más o menos continuada; desde comienzos de la dinastía XVIII hasta finales de la dinastía XXI.

Formaba parte de un actual valle desierto, en la orilla occidental del río Nilo, frente al moderno Luxor ($25^{\circ} 44' N$, $32^{\circ} 36' E$). Uno de los asentamientos antiguos mejor conservados del amplio Egipto, siendo principalmente conocido por la gran cantidad de restos encontrados en él, permitiéndonos comprender así los diferentes aspectos de la vida cotidiana de los habitantes, además de la organización de la fuerza laboral.

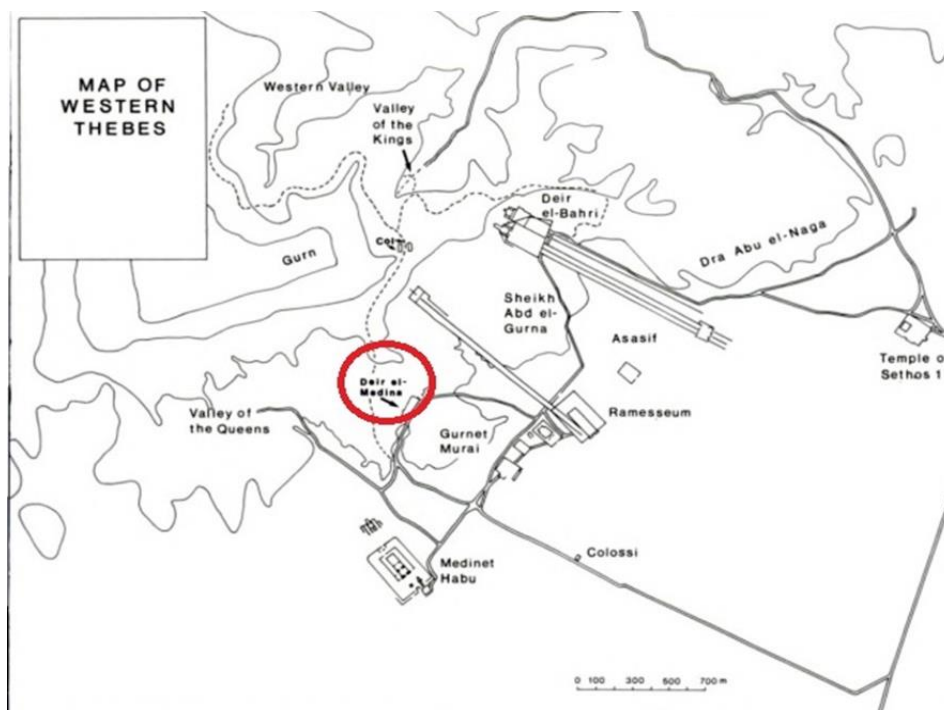


Figura 1. Ubicación del poblado trazada por Mary Winkes.

Fuente: Lesko, 1994: 3.

La villa fue denominada en la antigüedad *Pa Demi*, que significa, sencillamente, “el poblado” (Bierbrier, 1982). Actualmente recibe el nombre árabe de Deir el-Medina, o lo que es lo mismo, “el convento de la ciudad” en relación al monasterio copto emplazado en el yacimiento que desaparecería en el año 1940. Este convento no era más que un edificio faraónico reedificado en época ptolemaica que dio abrigo a los monjes coptos durante los siglos V y VI d.C. y que fue localizado en un lugar próximo a la aldea. Del mismo modo, también es fácil encontrarnos con la denominación egipcia de *Set Maat* (El Lugar de la Verdad), recibiendo estos trabajadores el título de “Siervos en el Lugar de la Verdad” (Lesko, 1994).

La fundación de Deir el-Medina se remonta a tiempos de Tutmosis I, faraón perteneciente a la dinastía XVIII, cuyo nombre se ha encontrado en algunos ladrillos de las paredes que rodean el poblado. No obstante, bien es cierto que algunos autores hacen referencia al rey anterior, Amenhotep I (1551-1524 a.C.) y a su madre Ahmose-Nefertari como fundamentales en la formación de la fuerza laboral real, siendo considerados una especie de patrocinadores de la villa. Volviendo a Tutmosis, sería interesante saber que se trató, exactamente, del tercer faraón de la dinastía XVIII, quien reinó de forma breve aunque bastante fructífera (1504-1492 a.C.). Sería recordado por los egipcios como uno de los reyes más poderosos de todos los tiempos.

Los primeros habitantes, de condición modesta, se asentaron en el poblado empujados por las perspectivas que les ofrecía el trabajo de preparación de las tumbas reales, arrastrando consigo sus creencias locales y agrupándose jerárquicamente. Dadas las circunstancias existentes por aquel entonces, en las que primaban los saqueos tanto en las mastabas como en las pirámides, se optaría por construir dichas tumbas en un lugar más protegido, excavando la ladera de la montaña. Es por ello que surge Deir el-Medina. ¿El objetivo? Facilitar el trabajo, pero, por supuesto, preservar así la intimidad del proyecto al mismo tiempo que se garantizaba la seguridad. Convenía tener a los trabajadores residiendo allí para realizar las actividades de una forma más rápida, eficaz y con una mayor organización.

El poblado tiene forma irregular y cuenta con una extensión aproximada de 7.500 m² (en época de mayor extensión). Se encontraba rodeado por una muralla que tenía, al menos, dos puertas: una (la más antigua) abierta al norte y la otra, al oeste, antes de que se produjera la ampliación llevada a cabo por Horemheb. Se ha especulado

también respecto a la existencia de otra puerta, situada al sur, en el eje principal de la calle, sin embargo resulta difícil averiguar la veracidad de esta suposición a causa de las restauraciones modernas. Fuera como fuese, las puertas quedaban cerradas durante la noche para proteger a los habitantes. A la entrada, junto a la puerta norte, se encontró un edificio alargado, de tres habitaciones, sujeto con cuatro pilares, que fue interpretado como un puesto de policía que servía para garantizar la seguridad del poblado y de sus habitantes. Por su parte, la muralla protectora que circunvalaba la aldea medía casi 132 metros y tenía 6 o 7 metros de alto por más de un metro de grosor. En un primer momento fue construida en ladrillo pero, en tiempos de Horemheb, se optó por la piedra. Las casas estaban adosadas directamente a la muralla.



Figura 2. Deir el-Medina desde el Oeste.

Fuente: Lesko, 1994: 27.

La aldea se encontraba dividida por una calle principal, que discurría de norte a sur, y dos perpendiculares más pequeñas. La primera de ellas era la que separaba el poblado en dos: la derecha y la izquierda. Esto tenía que ver con las funciones que desempeñaban los habitantes, que más adelante también veremos. La parte oriental era la más grande, tenía 48 casas frente a las 26 del lado occidental. Además, alojaba un número relativo de viviendas mayores ocupadas, posiblemente, por personajes directivos, aunque habría que anotar que en Deir el-Medina no se aprecian diferencias abismales en la disposición de las casas de unos y otros.

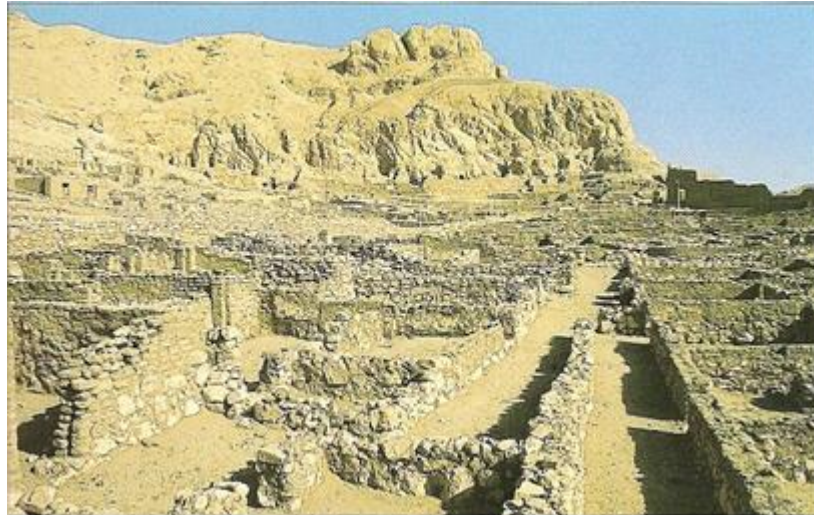


Figura 3. Una de las calles que pueden observarse del antiguo poblado.

Fuente: Leospo-Tosi, 1998: 73.

Debido a su ubicación, no se cree que haya brindado un ambiente agradable: el pueblo amurallado adopta la forma del estrecho valle en el que se encuentra, con las áridas laderas circundantes que reflejan el sol del desierto y la colina de Qurnet Murai corta de manera efectiva la brisa del norte, así como gran parte de la vista del valle del río. El sitio no tenía árboles y toda el agua tenía que ser transportada, desde al menos, media milla (Lesko, 1994).

La población de la ciudad era muy variable, dependiendo del reinado de cada faraón y de las necesidades de mano de obra existentes, por lo que en determinados momentos llegó a alcanzar una extensión considerable para un poblado de este tipo. De esta manera, la villa fue ampliándose progresivamente durante el Reino Nuevo hasta finales del reinado de Ramsés XI, detectándose un empobrecimiento progresivo, no sólo de la ciudad, sino también de la calidad de las tumbas reales tebanas, próximas al poblado, a causa del declive experimentado en Egipto en este momento.

Realmente nos encontramos con poca información sobre los primeros años de comunidad, pues la mayor parte de nuestro conocimiento sobre el asentamiento proviene de la extensa evidencia que data de las dinastías XIX y XX, cuando el pueblo se duplicaría en tamaño. De lo que si podemos hablar con seguridad es de que en época amarniense, Deir el-Medina sufrió un abandono provocado por un incendio que arrasó a su paso con parte del núcleo original. Tras la muerte de Ajenatón, volvería a habitarse con el retorno progresivo de sus ocupantes. A partir de entonces, una pequeña

ampliación hacia el oeste fue necesaria. Posteriormente, Horemheb procedió a la reorganización de la villa: comienza la ampliación más significativa. Las casas dañadas fueron, además, restauradas.

Si hacemos un recorrido por los diferentes reinados, en los de Hatshepsut a Amenhotep III se ha calculado que el poblado debió tener de unas cuarenta a sesenta viviendas, cincuenta y tres moradas con Horemheb y sesenta y ocho bajo el mandato de Seti I, datos que demuestran que la importancia de esta agrupación humana era cada vez mayor. El crecimiento de la población hizo necesaria la instalación de diferentes puntos de recogida de agua en todo el valle.

Durante la XIX dinastía, Deir el-Medina ocupó un área de unos 132 metros de largo y 50 metros de ancho. Las casas dentro del muro del recinto fueron construidas en bloques; no quedaba espacio entre ellas y dos casas contiguas compartían un muro.

1.2. Objetivos, metodología y fuentes

Uno de los objetivos que he pretendido alcanzar con la presente tarea no ha sido otro que adentrarme de lleno en esta civilización, conocer el porqué de su creación y analizar cómo trascurrió en el tiempo. Entender la mente de sus habitantes también ha estado siempre muy presente con la finalidad de realizar, de este modo, un estudio a todos los niveles que no me ha dejado indiferente. Es por ello que me he querido basar en los diferentes epígrafes que a continuación veremos para elaborar un estudio destinado a todos los interesados en documentarse sobre la vida en el Antiguo Egipto.

Lamentablemente, no he podido trasladarme físicamente a este remoto poblado, pero gracias a la cantidad de fuentes bibliográficas así como arqueológicas que existen tampoco me ha sido muy necesario para poder llegar a conocer la rutina de estos trabajadores. Sin duda, uno de los hallazgos más importantes es el que comprende varios miles de textos hieráticos escritos en cerámica, en fragmentos de piedra caliza (las denominadas *ostraka*, término proveniente del griego). El lugar principal de Deir el-Medina de donde proceden la inmensa mayoría (hablamos de más de 5.000) es el pozo originalmente diseñado para buscar agua, pues tengamos en cuenta que esta villa apenas contaba con accesos a recursos hídricos, que acabó siendo utilizado como basurero por los habitantes. Para nosotros, y particularmente

para mí a la hora de realizar este trabajo, ha resultado ser un verdadero tesoro puesto que todos esos óstraca mencionados nos aportan gran información sobre asuntos muy diversos de su vida cotidiana. Tenemos también papiros que nos proporcionan datos, como los encontrados por Bernard Bruyère, muy útiles para evaluar, además, la pedagogía en la comunidad.

¿Qué es lo que incluyen? Cartas, listas, cuentas, informes sobre trabajos y entregas, registros legales, además de una gran cantidad de textos literarios y mágicos. Juntos, constituyen la fuente de información más importante sobre la historia social, económica y legal del Nuevo Reino.

2. Historia de la excavación

No hay un sitio comparable en el que la organización, las interacciones sociales, las condiciones de trabajo y de vida de una comunidad puedan estudiarse con tanto detalle.

Las primeras excavaciones sistemáticas en Deir el-Medina se han llevado a cabo desde principios del siglo XX por Ernesto Schiaparelli (Museo Egipcio de Turín), Georg Möller (Museo de Berlín) y Émile Baraize (Organización de Antigüedades Egipcias). Fueron seguidas por las extensas expediciones llevadas a cabo por Bernard Bruyère, una de las figuras centrales en esta labor (Instituto Arqueológico Francés, El Cairo) efectuadas en diferentes periodos: de 1922 a 1940 y de 1945 a 1951. La tarea de Jaroslav Cerný, perteneciente al equipo de Bruyère y alumno suyo, fue también digna de importancia, pues sus análisis ayudaron a tener la certeza de que los trabajadores que vivían y habían sido enterrados en Deir el-Medina coincidían con aquellos responsables de la construcción y decoración de las tumbas excavadas en la roca en los valles de los Reyes y de las Reinas.

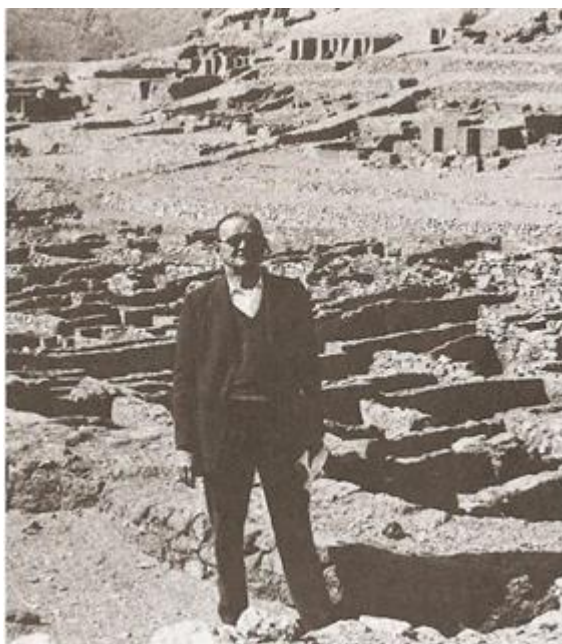


Figura 4. El profesor Jaroslav Cerný en Deir el-Medina en el año 1970.

Fuente: Bierbrier, 1982: 144.

La publicación de los óstraca no literarios fue principalmente obra de este destacado egiptólogo checo. En sus últimos años rastreó los acantilados de la orilla oeste de Tebas, grabando las anotaciones o los grafitis que los trabajadores habían dejado atrás en el tiempo. Tenía la intención de escribir una historia detallada de la comunidad y del Valle de los Reyes pero, desafortunadamente, su repentina muerte intervino. Solo una parte de la propuesta logró ser completada.

El egiptólogo italiano, Ernesto Schiaparelli (1856-1928) comenzó excavando la parte norte de la necrópolis occidental ya que los restos de algunas pequeñas capillas en forma de pirámide se levantaban de la arena. Pasados apenas unos meses, Schiaparelli encontró la capilla de la tumba de Maya (TT 338), pintor durante los últimos años de la dinastía XVIII. El equipo amplió su trabajo en la misma zona y, en el año 1906, se descubrió también la tumba intacta del arquitecto Kha y su esposa Meryt (TT 8). El contenido de dicha tumba proporcionó apuntes sobresalientes de la vida de la dinastía XVIII entre los artesanos de élite. Antes de abandonar el sitio en 1909, Schiaparelli fue, además, uno de los primeros egiptólogos en excavar la parte norte del poblado, revelando así la existencia de casas hasta ese momento invisibles. Sin embargo, uno de los regalos más preciados que el museo de Turín ha obtenido de la obra de Schiaparelli ha sido, sin duda, la gran cantidad de archivos y, especialmente, sus fotografías.

Poco después, Émile Baraize trabajó en el sitio desde 1909 hasta 1912, limpiando y restaurando el templo del periodo Ptolemaico, así como las diferentes estructuras localizadas en el interior. En el año 1913, el sitio cambió de manos nuevamente, pasando ahora a la autoridad de Georg Möller acompañado de su equipo alemán. Durante una sola temporada de trabajo, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, Möller dedicó su actividad a limpiar un área pequeña en la parte norte de la aldea, en el proceso de descubrir algunas casas nuevas, además de las ya encontradas por Schiaparelli.

Finalizada la guerra, le llega el momento a las exploraciones llevadas a cabo por Bernard Bruyère (1879-1971) del Instituto Francés de Arqueología Oriental; son ellos los que realmente hacen una excavación global del poblado, pero también de las necrópolis asociadas a él. Gracias a los *carnets de fouilles* (cuadernos de excavación) redactados por él mismo durante sus casi 30 años de trabajo en Deir el-Medina y elaborados con sumo cuidado, precisión y atención se nos ha permitido conocer detalles que sin ellos no nos hubiese sido posible. Bruyère es quien, de algún modo, recupera Deir el-Medina dentro de la importancia que merece en la arqueología y en la historia de Egipto.

Siguiendo con esta figura, a partir del año 1935 (fecha que marca un punto de inflexión considerable) ya se puede ver la necrópolis parcialmente excavada, aunque habría que decir que la imagen perteneciente a la villa no se corresponde en absoluto con la que todos a día de hoy tenemos en nuestra mente. Del mismo modo, se encontraron algunas de las tumbas más antiguas en Deir el-Medina y que pertenecen principalmente a mujeres. A su vez, logró excavar un lugar ubicado cerca de la cima de la colina occidental, donde había un grupo de chozas construidas, en su mayoría, en piedra tallada, lugares de descanso temporales durante la semana para que los trabajadores no tuvieran que regresar a la aldea cada noche.



Figura 5. Chozas de los trabajadores próximas al Valle de los Reyes.

Fuente: Bierbrier, 1984: 53.

Durante los años 1935 a 1938, el trabajo intensivo de excavación se detuvo para permitir actividades como la limpieza y clasificación de los objetos que se habían acumulado durante todos los años anteriores de labor; Por su parte, entre 1939-1940, el equipo francés enfocó sus esfuerzos en el templo Ptolemaico debido a que casi todas las áreas al sur del mismo habían sido despejadas. El trabajo anterior dirigido por Baraize en 1912 no fue tan completo como podría haber sido, al haberse limitado única y exclusivamente a las capas superficiales. El lugar, una vez más, volvió a encontrarse inactivo durante la Segunda Guerra Mundial. Cuando ésta llegó a su fin, el equipo volvió para enfrentarse a lo que sería su última instancia en Deir el-Medina, centrada en una parte que aún no se había explorado: el llamado Gran Foso.

Debido a que el IFAO no pudo proporcionar más apoyo financiero, Bruyère no sólo financió la excavación con sus propios recursos, sino que también logró completar el trabajo especialmente agotador, que implicaba cavar un agujero gigante sin ningún medio mecánico. Fue entonces cuando se pudo apreciar el famoso pozo utilizado

rápidamente como basurero. Mucha información de la que se dispone ha sido extraída de él. No hay que quitarle importancia ya que se trata de una cosecha epigráfica más que extraordinaria: se descubrieron más de 5.000 óstraca, y su posterior traducción reveló que se trataban de archivos documentales y literarios de la comunidad de trabajadores. Finalmente, las autoridades egipcias pidieron a los miembros del equipo que detuvieran su trabajo y abandonaran Egipto a causa de los acontecimientos que sacudían el país.

El pico que domina el pueblo pasó a llamarse “*Mont Cernabru*” en reconocimiento al trabajo que realizaron tanto Cerný como Bruyère en el pueblo.

3. Cuestiones sociales y económicas

“Contrariamente a la creencia popular las pirámides nos fueron construidas por esclavos ni las tumbas reales por hombres que después fueron ejecutados para proteger los tesoros reales ocultos” (Lesko, 1994: 15).

Deir el-Medina era diferente de cualquier otro pueblo de su tiempo. Pese a su ubicación en el desierto, sus habitantes cuentan con una excepcional tasa de alfabetización. Además, los trabajadores que allí vivían estaban mejor pagados que la gran mayoría de sus coetáneos. Incluso, una de las mayores preocupaciones de los estudiosos de este poblado ha llegado a ser la gran cantidad de riqueza y de libertad que disfrutaron sus habitantes.

Su tarea principal era construir la tumba del rey, donde su cuerpo y sus posesiones descansarían hasta el fin de los tiempos. Durante la dinastía XVIII, el Valle de los Reyes se convirtió en el lugar de descanso obligatorio del monarca, mientras que las reinas y los príncipes se encontrarían en los valles vecinos. La muerte de un gobernante era recibida con júbilo, no con tristeza, ya que ello significaba que el trabajo en la antigua tumba se acercaría a su fin en el curso normal de los acontecimientos. Un nuevo reinado constituía un nuevo trabajo, pagos iniciales rápidos y, a menudo, pagos de bonificaciones si el nuevo rey tenía prisa por proveer para su hogar eterno.

Desde el punto de vista del arqueólogo e historiador, las tumbas sin terminar resultan, a menudo, más interesante que las que han sido completadas, porque el proceso de construcción es claramente visible en ellas (Bierbrier, 1982).

A menudo, fragmentos de piedra caliza fueron recogidos y utilizados por los habitantes de Deir el-Medina como medio de escritura. Es lo que se conoce con el término de óstracon, elemento indispensable en este estudio. En ellos aparecen notas, diseños o, incluso, registros permanentes que se han encontrado fácilmente en las cercanías de la aldea.



Figura 6. Óstracon de un obrero representado en plena acción, rompiendo la piedra con su punta y mazo.

Fuente: Rosalind- Jansenn, 2007: 145.

-Las casas

Habiendo hecho ya mención del diferente número de viviendas que podíamos encontrar según el periodo del que hablásemos, es también de vital importancia abordar el tema con una mayor profundidad.

El pueblo de Deir el-Medina, amurallado en todo su perímetro, contaba con viviendas entre medianeras en parcelas alargadas, accesibles todas ellas a partir de una calle corredor que partía la gran agrupación de casas en dos partes. Es decir, que el muro posterior de cada vivienda estaba pegado a la muralla. Resulta interesante saber que según autores existieron también algunas casas construidas fuera de las murallas,

con la diferenciación de estar equipadas con patios, probablemente para albergar a los animales.

Los materiales constructivos eran la piedra para el pavimento y el adobe para los muros; las cubiertas se resolvían con una estructura de troncos y una capa superior de barro y hojas. Se utilizaron madera de palma, acacia y sicomoro para vigas, puertas y columnas, mientras que los bloques de piedra caliza se usaron como umbrales y jambas. Por ejemplo, todas las casas del pueblo estaban equipadas con puertas de entrada de madera para proteger la casa y sus habitantes. Algunos privilegiados podían juntar dos hogares o añadir alguna habitación.

En el momento de la fundación de la aldea, el área estaba casi desierta, aunque estudios recientes parecen demostrar la existencia de un pequeño asentamiento. *“Probablemente, el valle fue atravesado por un camino utilizado como atajo por algunos comerciantes o por quienes, por diversas razones, se mudaron de un lugar a otro”* (Trevisani, 1998: 15). Los primeros edificios de Deir el-Medina tenían una forma rectangular y estaban unidos entre sí sin una solución de continuidad, como las casas adosadas modernas. No quedaba espacio entre ellas y dos casas contiguas compartían un muro. Probablemente contaran con algunas aberturas para iluminación y ventilación, al existir evidencias de utilización de la luz natural.

Aunque el pueblo estuvo ocupado durante más de cuatro siglos, la certeza de las excavaciones muestra que el plan general de las casas individuales sigue, en gran medida, el patrón establecido en la primera fase de la construcción del asentamiento durante la dinastía XVIII. También el nivel del suelo se mantuvo sin cambios, lo que difiere de otros asentamientos, donde las generaciones sucesivas se basaron en los restos de ocupaciones anteriores. Es más, se piensa que la ejecución de las obras no siguió una planificación precisada anteriormente, como puede ser el caso de los distritos de clase trabajadora de El-Lahun y Tell el-Amarna.

Ciertamente, la planta final sigue siendo visible y es el resultado de todos sus años de evolución, pues pueden apreciarse las diferentes estructuras que fueron agregadas durante las posteriores ampliaciones presentadas. El desarrollo de las viviendas se compone de 3 o 4 estancias, todas ellas en un único recorrido longitudinal, a diferencia de las de la ciudad de Ghadames, que se desarrollan en dirección vertical.

Dicha división recuerda un poco a lo que, siglos más tarde, serán las ciudades romanas y las ciudades de época medieval.



Figura 7. Plano del poblado obrero de Deir el-Medina.

Fuente: Trevisani, 1998: 17.

Se alude a la existencia de ciertas habitaciones que estaban presentes en prácticamente todas las viviendas. Según los estudios, nos encontramos con una entrada principal e, inmediatamente después de ella, con una habitación denominada como “cerrada” y que conectaba de forma directa con la “sala del sofá”. Generalmente, en la parte trasera de la casa se encontraba la cocina, en ocasiones precedida por otra de menor tamaño. Diferentes escaleras internas conducían a destinos diversos, tales como a un sótano subterráneo, o bodega, excavado en la roca, así como a una azotea, lugar idóneo donde pasar las calurosas noches de verano. Las escaleras que conducían a la terraza conformaban una única rampa recta, mientras que las que iban a la bodega, mucho más estrechas por razones de espacio, estaban en ángulo recto o en semicírculo.



Figura 8. Sección y plano de una casa en Deir el-Medina.

Fuente: Davoli, 1998: 68.

Adentrándonos en cada una de ellas, habría que decir que la denominación de habitación cerrada viene dada por Bernard Bruyère sobre una semejanza que él mismo llevó a cabo. En dicha sala está presente la cama, ubicada, normalmente, en un rincón. “Consistía en un muro de contención de ladrillos crudos rellenos de arena y limo del Nilo seco enlucidos, como el resto de la habitación, y decorados con escenas de dioses tutelares” (Trevisani 1998: 19-20). Existía una altura considerable en comparación con el suelo, por lo que se facilitaba su acceso. Incluso, se llega a hablar de una doble función de la misma: una de ellas, por supuesto, el descanso del propietario, acompañado de la envoltura en sábanas, siendo la otra un altar en el que se colocaban pequeños bustos de antepasados que eran objeto de veneración particular. Estaremos de acuerdo en que, siendo así, este testimonio pone de manifiesto la profunda religiosidad de los habitantes de Deir el-Medina. En cambio, Bruyère no duda a la hora de asociar esta cama con el momento del parto así como para fines procreativos. Seguramente, usar la misma estructura para múltiples propósitos en el espacio limitado de la casa de Deir el-Medina hubiera sido práctico y, por lo tanto, no es improbable. Las paredes, y no solo las de esta sala, se encontraban decoradas.

Conectada con ella, entraríamos ya en una habitación más espaciosa que las demás, definida por la presencia de un modesto “sofá”, hecho de ladrillos en bruto y arcilla, no muy alto del suelo y emplazado contra una pared. Dicha sala puede considerarse una sala de representación o recepción, donde acoger a los invitados siempre que se tuviesen y, seguramente, fuese donde tuvo lugar la mayor parte de la vida familiar. Un dato interesante y a tener en cuenta en este salón es la presencia de una columna de madera en el centro de la habitación, a veces incluso dos, apoyada en una base circular de piedra caliza. Estaba destinada a soportar parte del techo, dada su mayor amplitud con respecto a las otras habitaciones de la casa. Ciertamente, tenía, además, una función ornamental. Pero, sin lugar a dudas, lo que más llamó la atención de los especialistas fue el descubrimiento, en la base circular lítica, del nombre del propietario grabado en caracteres jeroglíficos, lo que permitió que algunos hogares llegasen a ser identificados.

En la parte de atrás, topáramos ya con la cocina y con la posible ante-cocina que, en esos casos, constituían un solo todo, siendo el lugar donde se preparaban las comidas para toda la unidad familiar. Por ejemplo, ahí era donde preparaban el pan o la cerveza, después de haber molido el trigo y la cebada. Facilitando mayor información, en una ocasión se encontró un sumidero de piedra caliza oval.

No habría que olvidar el sótano, o si preferimos cantina o bodega, ya antes comentado. Cerca de la cocina, pero a veces también de la sala de estar, había una estrecha escalera que conducía a la estancia utilizada para guardar varios alimentos, además de objetos preciados, herramientas de trabajo y vestimentas para los numerosos festivales que se celebraban durante el año.

No se han encontrado baños dentro del pueblo. Se cree que las necesidades corporales se llevaron a cabo principalmente fuera de la aldea; pero, habiéndose encontrado en la tumba de Kha (dinastía XVIII), entre los muebles del hogar, una “silla blanca” de madera con un agujero central claramente utilizado para uso higiénico, debemos pensar que tal vez en algunas casas se estuviese utilizando este tipo de asiento. Adjunto una imagen para que se entienda mejor en qué consistía.



Figura 9. *Seggeta* de Kha, según el texto de Schiaparelli.

Fuente: Trevisani, 1998: 23.

Con respecto al mobiliario, podemos catalogarlo de refinado, tanto por lo que se ha podido encontrar en sus tumbas como por los objetos hallados en las mismas viviendas. Hay que tener en cuenta que estamos en un contexto de artesanos que, en muchos casos, pudieron haber fabricado sus propios muebles o haber hecho uso del intercambio con los demás.

Las paredes fueron enlucidas siguiendo la misma técnica utilizada para cubrir las paredes de las cámaras funerarias de las tumbas reales, adquiriendo finalmente un hermoso color blanco (Trevisani, 1998).

Los fragmentos más bajos de las paredes de piedra de las casas en el pueblo se encuentran bien conservados así como se encuentran también un grupo de chozas, que estaban en el puerto de montaña, entre Deir el-Medina y el Valle de los Reyes, anteriormente mencionado al ser excavado por Bruyère. El propósito exacto de las cabañas construidas en piedra no se conoce, aparte del aspecto obvio del ahorro de tiempo con estas pernoctaciones al no tener que regresar al poblado una vez terminada la jornada laboral. Diferentes fuentes hacen referencia a que, una vez llegados a este campamento temporal, podrían permanecer hasta diez días hábiles antes de regresar a la casa de la aldea para pasar unos días de descanso con sus respectivas familias. Se habla también de la ocupación de estas villas satélites al haberse alcanzado el aforo máximo del poblado en sus épocas de mayor esplendor.

Al hilo de lo comentado, se ha observado que el estilo de construcción de las cabañas coincide con el estilo del asentamiento principal en Deir el-Medina.

“La evidencia de corte de piedra experto y la misma técnica de establecer estructuras bajas en el suelo con paredes compartimentadas para regular la temperatura está presente en ambos sitios” (Meskell, 2002, 266). Por supuesto, eran algo más modestas que las encontradas en el pueblo, residencias de los obreros que no necesitaban estar continuamente a pie de obra. Junto a ellas, se hallaron unas pequeñas capillas donde llevar a cabo el culto.

Hasta el año 2009 no hubo apenas evidencia de chimeneas, preparación de alimentos o almacenamiento de agua a granel, lo que viene a decir que no estaban ocupadas de forma permanente. Ello es concordante con la evidencia, textual en este caso, que tenemos sobre los suministros de alimentos y herramientas; se proporcionaron desde el asentamiento principal (Meskell, 2002).

-La fuerza laboral

Durante época ramésida el número de trabajadores oscilaba, normalmente, entre cuarenta y sesenta hombres. De la misma forma, sabemos que la cuadrilla llegó a su punto más álgido con Ramsés IV, contando con ciento veinte hombres trabajando. El camino que éstos realizaban era el siguiente: iban al Valle de los Reyes desde Deir el-Medina subiendo por la ladera de El-Qurn, para que se entienda, la ladera de la montaña más alta en esta zona. De hecho, el sendero se aprecia aun perfectamente, ya que los viajeros es el que hoy en día utilizan.

Las gentes se denominaban “gente del equipo de la tumba” o a los mismos se les podía conocer también como, simplemente, “la gente de la tumba” y el grupo de trabajadores aparece muchas veces como “el equipo”. Sea como fuere su respectiva denominación, esta cuadrilla de trabajo se dividía en dos partes: la parte de la izquierda y la parte de la derecha y cada una de ellas contaba con un capataz. Es decir, el capataz es el jefe de cada mitad de ese equipo que forma la población de Deir el-Medina. A su vez, cada capataz tenía un ayudante y los dos capataces comparten, en principio, un escriba de la tumba, pues según la época datada podría haber más de una unidad, siendo en la dinastía XVIII un único escriba el oficial. El principal trabajo del escriba era mantener un registro del trabajo realizado y anotar las ausencias. También registró la eliminación del material de los almacenes reales y los pagos del salario de los trabajadores.



Figura 10. Carta del escriba Butehamun donde aseguraba que los trabajadores habían cumplido las órdenes que él mismo había dado.

Fuente: Bierbrier, 1982: 120.

A este grupo formado por ambos capataces junto con el escriba, o escribas, se le llamaba los capitanes, tratándose de la gente más importante de este poblado. Dichos capataces fueron designados, teóricamente, por el propio faraón, aunque en la práctica la decisión parece haberse dejado en manos del visir, quien mantuvo el control directo sobre la aldea y sus actividades. Por su parte, el “escriba de la tumba” fue también nombrado por el visir. Como bien señalaba Lesko: *“El funcionario civil más poderoso en el Nuevo Reino de Egipto era el visir del rey, que funcionaba como supervisor de la vasta administración pública y como principal juez de la tierra”* (1994: 18).

En nombre del faraón, fue el visir quien ordenó e inspeccionó el proyecto. De hecho, fue el responsable de pagar los salarios; la entrega de éstos y de otros suministros fue una de las preocupaciones de su oficina en Tebas. Cuando los trabajadores tenían un problema, tal vez una queja contra un capataz, sentían que podían pedir ayuda al visir.

Existen grandes evidencias de que el puesto de capataz en el lado derecho fue hereditario en una familia en concreto, pues Neferhotep “el anciano” mantuvo esta posición durante varios reinados y acabó siendo sucedido por su hijo Nebnufer. A su vez, éste fue sucedido por su hijo Neferhotep “el más joven”, quien ocupó el cargo durante unos cuarenta o cincuenta años, lo que hace pensar que accedería siendo aún muy joven. Así mismo, la importancia de los escribas y su papel vital en la comunidad se reflejan en sus numerosos monumentos en Deir el-Medina. Un ejemplo notable lo proporciona el escriba de la tumba Ramose, quien fue designado para este puesto en el año V de Ramsés II (1275 a.C.) y todavía se encontraba trabajando en el año treinta y ocho del mismo reinado. No obstante, sufrió el hecho de que él y su esposa Mutemwia no pudieran tener hijos. La figura de Kenherkhepeshef también nos aparece recogida. Se trató, probablemente, de un alumno y protegido de Ramose. Dos cosas van de la mano de éste: su letra ilegible y el no haber sido una persona especialmente agradable. Hay dos acusaciones de soborno contra él y se registra, además, que utilizaba a los hombres de la cuadrilla para que realizasen un trabajo privado para él durante las horas de trabajo oficiales.

Las muertes a veces llevaron a los dos lados del equipo a estar fuera de equilibrio, pero se resolvió cuando se llenaron los vacíos. La fuerza de trabajo se reclutó, en gran parte, de los hijos de los trabajadores, pero, en ocasiones, se admitían nuevos reclutas de fuera del pueblo. (Bierbrier, 1982). Como las familias del pueblo eran grandes, siempre había más solicitantes que vacantes, por lo que muchos hijos menores tenían que abandonar la comunidad para buscar trabajo en otro lugar.

Cabe hablar ahora de los denominados como “guardianes de la tumba”. Este puesto parece haber sido ocupado generalmente por dos hombres, uno por cada lado del equipo, pero en uno de los periodos llegaron a registrarse tres. Eran miembros prominentes de la comunidad, clasificándose en superioridad después de los capitanes. Su función principal era proteger la entrada de la tumba real y parece que trabajaron en turnos para que uno estuviese siempre de guardia. También actuaron como agentes judiciales y cobradores de deudas para la comunidad, por lo que contaban con una reputación más bien desagradable. El guardián Penbuy dejó varios hermosos monumentos que han permitido ser conocidos. Tanto en ellos, como en su tumba, aparece nombrado con diferentes esposas, lo que pone de manifiesto el haberse casado al menos dos veces.

En estrecha relación con los asuntos de la comunidad estaban los *Medjay*, o la policía, estacionados en algún lugar de la orilla oeste del Nilo para mantener el orden y evitar la entrada no autorizada a las tumbas reales. La figura de éstos también resultaba muy importante por cuestiones de seguridad, no solo del poblado sino, evidentemente, del Valle de los Reyes. Estaban directamente bajo la autoridad del alcalde de Tebas-Oeste y, tanto el jefe de policía como sus hombres, participaron en numerosos tratos comerciales con los obreros reales. Probablemente habría dos jefes de policía para el contingente de Deir el-Medina.

Siguiendo con el personal de la fuerza laboral, queda el ámbito conformado por albañiles, carpinteros, escultores y dibujantes, cada uno de ellos especializados y presentes en las diferentes fases de la construcción de la tumba real. Sus habilidades pasaron de padres a hijos. Por ejemplo, el dibujante Pay tuvo tres hijos que también se dedicaron a esta profesión, al igual que algunos de sus nietos. A pesar de este ejemplo, y de muchos otros, y cómo hemos podido ver ya, los jóvenes que no conseguían hacerse allí con su hueco, se veían obligados a marcharse hacia otros destinos. Evidencias también, aunque en menor grado, del trabajo llevado a cabo por las esposas y de algunos hijos menores, encargados éstos últimos de trabajos ligeros ocasionales, como podía ser llevar los mensajes. Eran conocidos como “hijos de la tumba”, aunque no eran oficialmente parte de la fuerza de trabajo.

Esta comunidad fue atendida por ciertos trabajadores que fueron adscritos a la aldea por la administración central. Los “servidores de la tumba” se encargaron de proporcionar ciertas provisiones y de hacer tareas específicas para los trabajadores. Consistían en cortadores de madera, portadores de agua, pescadores, jardineros... (Bierbrier, 1982). Podrían elevar su cargo hasta convertirse en obreros de las tumbas reales, pero también podía suceder a la inversa: cuando el número de trabajadores se redujo de 120 a 60 los hasta entonces obreros pasaron a ocuparse de estas otras tareas.

A medida que he ido ampliando las fuentes, he podido descubrir la labor que, en este contexto, desempeñaba también un personal médico. En contra de lo que se cree, no recibían un pago ni realmente merecido ni mucho menos destacado. Además de los médicos, nos encontramos también con los denominados como encantadores de escorpiones, especializados en la mordedura de este animal.

-Proceso de construcción

“En el transcurso de unos cuatrocientos veinte años, se construyeron, aproximadamente, setenta y dos tumbas en el Valle de los Reyes” (Bierbrier, 1982: 50).

El primer acto en la construcción de una nueva tumba era decidir sobre un sitio en el Valle para comenzar las excavaciones. Los mejores sitios habrían sido elegidos por reyes anteriores, llegando casi a la totalidad de ocupación al final del periodo ramésida. Por tanto, era necesario llevar a cabo un sondeo cuidadoso para localizar así un área adecuada, que parece haberse realizado bajo la atenta mirada de una comisión real encabezada por el visir.

A continuación, se trazaría un plano de la tumba propuesta. No se conoce con exactitud quien desarrollaría dicha labor, pero, en cualquiera de los casos, no habría sido difícil concebir un plan, ya que por lo general seguiría el patrón establecido por sus predecesores. Se abordó la típica tumba real por medio de una escalera descendente situada en una pendiente hacia la puerta principal. No obstante, las variaciones leves dieron un cierto grado de individualidad a cada una de ellas. Por su parte, cualquier innovación importante se debió a circunstancias imprevistas, y hubo tiempo y recursos adicionales disponibles. Por supuesto, el plan de la tumba propuesta de forma inicial estaría disponible para que los trabajadores pudiesen consultarlo y dos han sobrevivido y han llegado hasta nosotros. ¿Uno de ellos? El plan de la tumba de Ramsés IX, pintado sobre piedra, que fue encontrado abandonado en la misma tumba.

Una vez elegido el sitio y elaborado el plan, los trabajadores comenzaron a excavar la tumba en la roca sólida, con la ayuda de herramientas, las cuales eran propiedad del estado y les eran entregadas a los obreros cuando les fuesen necesarias. El escriba registraría cuidadosamente a quien se le dio qué y esperaría que las herramientas fueran devueltas una vez hubiesen cumplido su función. Un trabajador podría disponer de útiles propios pero se ve que no las habría usado en este trabajo cuando les eran facilitadas de forma gratuita. Las paredes de la tumba real, una vez terminadas, serían entregadas a la atención de los dibujantes. Las escenas y relieves que aparecen en ellas, consisten, prácticamente, en textos religiosos que marcan el viaje de Ra, dios del sol, con quien se identificaba al difunto rey.

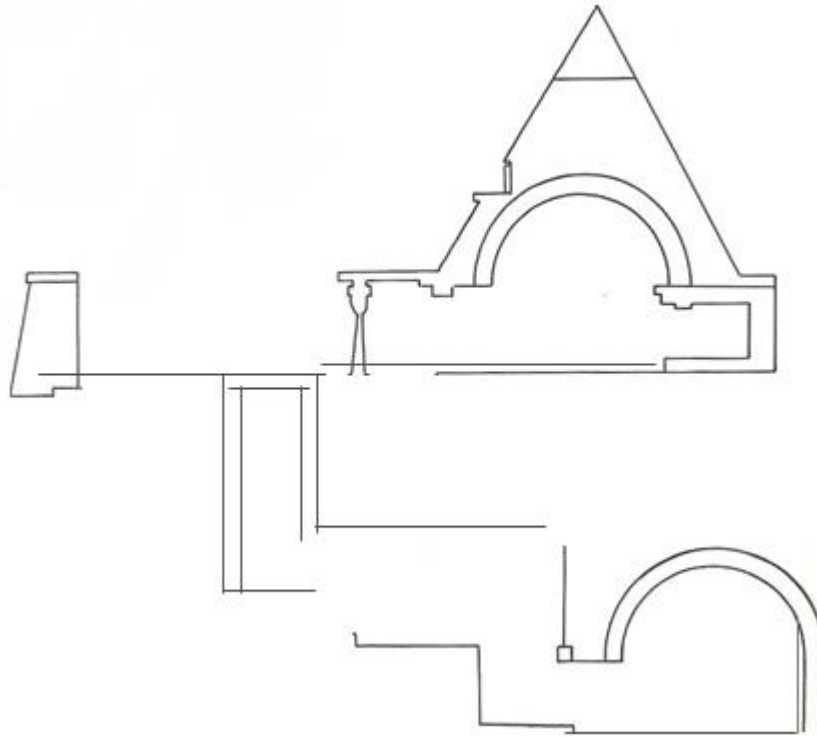


Figura 11. Una tumba típica de Deir el-Medina.

Fuente: Bierbrier, 1982: 56.

Este dibujo muestra el patio abierto y la capilla abovedada coronada por una pirámide de ladrillos. De tal forma, un pozo en el patio conduce a un pasaje subterráneo y a la cámara de enterramiento igualmente abovedada.

Los obreros no trabajaban todos los días. Su semana laboral aparentemente consistió en ocho días, con días de descanso en el noveno y décimo. Como el mes egipcio estaba compuesto por treinta días, ello significaba, en teoría, seis días de descanso por mes, aunque los trabajadores parecen haberse tomado fines de semana largos o de tres días con bastante frecuencia. En cuanto a la jornada, se tiene constancia de la existencia de dos turnos de, aproximadamente, cuatro horas cada uno, con un descanso alrededor del mediodía para el almuerzo. En alguna que otra ocasión, ya se tomaban la tarde libre también. Mientras trabajaban en el valle, el equipo de trabajadores acamparía durante la noche en los alrededores, las identificadas como chozas ya anteriormente explicadas.

Entre otras funciones, ya hemos visto cómo el escriba fue el encargado de mantener el registro de asistencia de los trabajadores. Los ejemplos que nos han llegado

hasta nosotros muestran claramente que, como ocurre en nuestros días, los trabajadores podrían haber estado ausentes por una variedad de razones. Un trabajador pudo haber faltado a su trabajo por orden de un superior para llevarle a cabo un trabajo personal, cosa que no se considera estrictamente adecuada.

Se sabe realmente poco de cómo la enfermedad impactó la vida cotidiana y, al mismo tiempo, la vida laboral, pero sí se conoce que un buen número de ausencias en los puestos de trabajo se debió a ella. Es más, la enfermedad de un miembro del equipo a menudo implicaba la ausencia de uno o más para cuidarlo. También se ha registrado el término de contagio en las enfermedades de carácter vírico o infecciosas. Según he podido investigar, la estacionalidad no tuvo una influencia constante sobre la misma, y se alude a que un tercio de todas las faltas fueron debidas a ello.

La gran mayoría, hablamos casi que de un 62% de las ausencias registradas, se produjeron por la presencia en otro lugar de los trabajadores. Está bien documentado que los trabajadores, frecuentemente, se tomaban días libres para realizar una variedad de tareas culturales en el pueblo. Como normal general, dichas actividades giraban en torno a la preparación de cerveza para los festivales locales, a realizar libaciones a los muertos y a preparar y/o asistir a funerales (Friedman, 1994). A modo de resumen, las razones religiosas personales eran una de las principales causas de ausencias.

Una ausencia en el trabajo para envolver a un miembro de la familia fallecido se registra sólo uno o dos días después de la ausencia debida a la muerte de ese familiar, por lo tanto, el proceso de momificación completo, que requiere setenta días, así como muchos líquidos caros, debe haber sido todo un lujo en el Egipto de época ramésida. Del mismo modo, aparecen recogidos diferentes motivos que más que motivos, son excusas y que no parecieron ser muy bien recibidos por las autoridades superiores, como pudo serlo el hecho de no cumplir con sus respectivas funciones por haber bebido más de la cuenta y tener resaca.

-Ingresos entre los trabajadores

Como bien se sabe, la moneda como tal no existía en el Antiguo Egipto, por lo que los servicios de estos obreros eran pagados en especie. Los pagos fueron autorizados por el visir, siendo el escriba quien emitiría las raciones del día de pago al personal. Con tal responsabilidad, no resulta sorprendente que a veces tuviera que

recolectar alimentos de los productores del campo para compensar lo que el gobierno no había entregado a tiempo (se suponía que los días de pago eran el veintiocho de cada mes, pero a menudo las entregas se retrasaban).

Las transacciones e intercambios se regían mediante un patrón fiduciario, el *Deben* o los cestos *Khar*. El *Deben* era el peso de una medida de 91 gramos de oro, plata o cobre. Por su parte, el *Khar* se trataba de otra medida que indicaba la capacidad de grano que cabía en un cesto específico, pero que a la vez determinaba su valor. Un *Khar* de grano equivalía a 23,69 kg de grano o a 21,53 de harina y $5/2$ de *Khar* correspondían a 11 *Deben* de cobre.

Tenemos mucha información acerca del precio que tenían las cosas, además de poder conocer lo que cobraban los trabajadores en Deir el-Medina. Sabemos que un capataz recibía al mes 7,5 *Khar* de cereal. Tengamos en cuenta que 1 *Khar* de cereal equivale casi a 77 litros. Un escriba cobraba exactamente lo mismo. Por su parte, un trabajador ordinario cobraba 5,5 *Khar*. Y, se constata que, aunque compartían casi la misma vida que los demás dentro de los confinados muros de esta comunidad, los primeros ocuparon junto con sus familias las casas de mayor tamaño. Habría que añadir también que la labor de médico o de guardián estuvo bastante mal remunerada, no llegando a recibir ni dos *Khar* de cereal, aunque realmente se trataría de un sueldo extra. Por ejemplo, aquel trabajador que a su vez desempeñase funciones médicas, recibiría esa cantidad añadida. De cualquiera de las formas, dada su importante tarea, me parece poco.

Ello me obliga a comentar que, aunque eran adecuados, sus salarios no eran tan lujosos como los de los capitanes que, además, recibían carne; los trabajadores de la tumba, generalmente, solían recibir pescado junto con sus granos de trigo y centeno. También se les pagaba con una serie de productos frescos en ocasiones especiales. A pesar de esta diferenciación, Jac.J.Jansenn no dudó al considerarlos de forma grupal como trabajadores colectivamente acomodados. Sus condiciones de vida y trabajo no parecen haber sido excesivamente duras o precarias, si las comparamos con otros oficios.

Aparte de lo acordado, a todos los trabajadores de la aldea se les entregaron productos tales como agua, aceite y verduras. También percibían otros bienes como ganado, normalmente una vaca, aunque podía tratarse de un asno, algunas ovejas y

cabras e incluso esclavos. Además, los artesanos podían recibir una serie de pagos extras del faraón como recompensa por el trabajo realizado o en los días de fiesta. Estos pagos provenían de los templos funerarios, que eran los que poseían productos menos frecuentes como el vino (fruto de las viñas reales), la cerveza de calidad, la carne de buey o ciertos panes. Vestimenta y calzado también les eran proporcionados. En general, los trabajadores del poblado estaban satisfechos con su suerte.

Si un trabajador deseaba ser dueño absoluto de una casa de tal manera que pudiera dividirla o legarla, tenía que construirla en su tiempo libre y en tierras que no perteneciesen a la comunidad. De la misma manera, cualquier cosa que hiciese en su tiempo de ocio y con sus propios útiles, era propiedad suya y la podía vender en el mercado local, siendo esta opción otra fuente de ingresos con la que poder contar él y su familia.

Los óstraca traducidos y analizados en los últimos años nos revelan que los trabajadores de Deir el-Medina generaron gran parte de su riqueza fuera de las horas de trabajo establecidas en las tumbas reales, produciendo artículos que vender posteriormente en el mercado. Dadas estas diversas fuentes de ingresos, y que el gobierno los proveía de prácticamente todas las necesidades, probablemente pudieran ahorrar para artículos de lujo ocasionales e inversiones más serias. Es más, durante su tiempo libre, los trabajadores construyeron sus propias tumbas en la montaña cercana a la comunidad, e hicieron sus propios equipos funerarios, con todo lo que éstos incluían. Se pagaban entre sí por los diversos artículos de fabricación que requerían, por lo que había un gran comercio de ataúdes y estelas. Se ha podido saber también que el status social no sólo dependía del nivel de ingresos; la reputación familiar, la educación y las habilidades personales fueron igual de importantes en esta colonia de artesanos talentosos.

-La primera huelga de la historia

En nuestra sociedad actual el derecho a huelga se ve como una de las mayores hazañas conseguidas por los trabajadores. Y, sin embargo, tenemos que remontarnos bastante atrás en el tiempo. En concreto, hasta el año 1156 a.C. Fue, en este contexto de especialistas de las tumbas reales donde tuvo lugar, precisamente durante el reinado de Ramsés III.

Un famoso papiro de la época, conservado en el Museo Egipcio de Turín, y redactado por el escriba Amennajet (que pertenecía al equipo de trabajadores de la tumba de dicho rey) narra que los trabajadores se negaron a continuar la construcción del monumento funerario ubicado en el Valle de los Reyes hasta que no recibieran su salario atrasado. Está fechado en el día XXI del II mes del año XXIX de Ramsés III y en él se ponen de manifiesto las quejas por parte de los obreros al llevar casi dos semanas sin su debido aprovisionamiento. Tal y como recogen las crónicas de la época, los trabajadores continuaron sin recibir su respectiva paga, que había sido “distraída” por el gobernador de Tebas Oeste y sus secuaces. Es por ello por lo que, empujados por el hambre, dieron un paso más, traspasando las murallas y optando por dirigirse al templo funerario de Tutmosis III en Medinet Habu, donde permanecieron todo un día reclamando lo que les pertenecía.



Figura 12. El templo de Medinet Habu.

Fuente: Bierbrier, 1982: 118.

“Hemos venido hasta aquí empujados por el hambre y por la sed; no tenemos vestidos, ni grasa, ni pescado, ni legumbres. Escriban esto al faraón, nuestro buen señor y al visir nuestro jefe, que nos den nuestro sustento”. Sus quejas fueron finalmente escuchadas y se llegó a un acuerdo para pagarles parte de los salarios adeudados. Las protestas cesaron, aunque no por mucho tiempo. Lamentablemente no se dispone de la información suficiente para conocer como terminó todo este asunto, pero se especula acerca del incumplimiento de este acuerdo así como que tuvieron que tener lugar

diferentes retrasos más, ya que a partir de estos momentos comenzaron a sucederse robos y saqueos en las tumbas reales durante los años posteriores.

Merece la pena hacer una reflexión, pues los límites de tolerancia de aquellos primitivos trabajadores habían sido totalmente rebasados, convirtiéndose ésa en la razón por la que se vieron obligados a tomar una decisión histórica: dejar de trabajar reclamando el pago que les correspondía. ¿O es que cualquiera de nosotros no hubiese actuado de la misma forma en una situación similar? La postura que ellos tomaron no les fue nada fácil.

En más de una ocasión se alude a que, pese a ser todavía Egipto un país rico y poderoso, en el siglo XII a.C. se anunciaba ya, en cierta manera, su decadencia. Se dice que Ramsés III (XX dinastía) gobernaba un país con crecientes problemas. En las fronteras del Imperio tuvo que contener dos intentos de invasión libia, sumándole a ello el ataque de “los pueblos del norte y del mar”, provenientes del Mediterráneo. La corrupción y la mala administración de los recursos debilitaban la economía, ya afectada por las monumentales tumbas en el Valle de los Reyes que absorbían buena parte del potencial de trabajo de la población. La fuerte demanda de bienes de consumo que no podía ser satisfecha llevaba la situación hasta el límite. La inflación durante los últimos años de reinado de Ramsés III también comenzó a estar presente.

Como consecuencia de todo lo anterior, no parece extraño que el sistema de trabajo se desarticulase y que, como resultado directo, el trabajo de los artesanos se llegase incluso a multiplicar sin que sus salarios se adecuaran a las tareas crecientes. A ello se le tiene que añadir los diversos testimonios de que aquellas necesarias raciones de comida, de forma bastante frecuente, no llegaban a tiempo y que, las que sí llegaban, de mala calidad, eran manipuladas por el administrador. Supongo que cada vez se estará entendiendo mejor la decisión de estos trabajadores a declararse en huelga. Al haber abandonado el lugar de trabajo y marchar en protesta hacia los templos asumían una actitud que implicaba mucho para ellos porque constituía un verdadero desafío a las autoridades.

Y, por supuesto, no cabe duda que de esta primera huelga documentada se extrae un precedente histórico de grandísima importancia, tanto en la historia como en la organización obrera y del trabajo. Consiguieron hacerse oír mediante la paralización de sus tareas al infringir sus capataces las condiciones establecidas, aunque es cierto que no

se puede determinar hasta qué punto tomaron conciencia de grupo de lo que estaban llevando a cabo.

-La familia y el papel de la mujer

Los óstraca muestran que las familias eran numerosas y con muchos jóvenes en la villa; seguramente llegaron a ser hasta doscientos durante los periodos de mayor población, por lo que no es de extrañar que algunos de ellos trabajaran en las tareas locales. También, nos muestran a niños y niñas realizando diferentes trabajos: desde el cuidado de bueyes hasta puliendo una olla, dato que nos ayudaría a comprender su ayuda prestada en su labor a los artesanos. Asimismo, en otras imágenes vemos cómo los jóvenes disfrutaban del ocio. ¿Qué actividades practicaban? Ejercicios como la natación, la navegación y la caza de aves, entre otros.

No sabemos con exactitud a qué edad se casó la niña promedio, aunque sin duda fue en su adolescencia. Esta conclusión se extrae al sí tener conciencia de que a los jóvenes se les aconsejó a que “se casaran con jóvenes” (Lesko, 1994). Se casaban sin que hubiese distinción social e incluso algunos se unían con miembros ajenos al poblado, que a partir de ese momento pasaban a residir en la aldea. Es más, conocemos ciertos casos en los que llegaron a casarse entre primos directos y ese consejo citado no siempre se cumplía, habiendo algún que otro testimonio de matrimonios en los que existía una considerable diferencia de edad.



Figura 13. Imagen de un papiro satírico-erótico en el que una niña intenta seducir a un hombre que yace bajo su cama.

Fuente: Rosalind- Jansenn, 2007: 150.

Realmente no está del todo claro si este tipo de representaciones ridiculizan a una persona mayor o si, por el contrario, lo que se pretende con ellas es realzar los atributos de la madurez. No obstante, la esperanza de vida en aquellos tiempos no era tan alta como actualmente lo es. Ello, unido a la frecuencia de divorcios o al adulterio, fueron las causas por las que no era raro encontrar en una misma vivienda una pareja con sus hijos, acompañada de la descendencia fruto de los matrimonios anteriores.

Voy a dar paso a un dato especialmente curioso, pues a través de algunas menciones en los óstraca, a la mujer se le ha atribuido el título femenino de “el saber”, al tener aparentemente el poder de predecir eventos futuros. Del mismo modo, era consultada para explicar lo que para los egipcios eran “manifestaciones de los dioses”: enfermedades, accidentes y desgracias... (Sweeney, 2006). Estas mujeres, a menudo denominadas con el adjetivo de “sabias” en otras culturas se encargaban de preparar hierbas medicinales, además de ayudar en el lecho a los enfermos. Incluso, también era común encontrarlas como parteras. En cambio, en la aldea de Deir el-Medina ya hemos visto que era un hombre quien desempeñaba la tarea de médico.

Todas las mujeres de la aldea se parecían en que no vivían en hogares autosuficientes, teniendo una vida que giraba en torno a cocinar, tejer y criar a los niños; ocupaciones internas, por lo que ya en ellas podemos encontrar el término traducido en la actualidad como “ama de casa” o señora de la casa”. Las diferentes pinturas en las que aparecen retratadas ponen de manifiesto un poco más de lo mismo: suelen aparecer sentadas entre su familia o rezando ante sus dioses. Como bien podemos saber, las responsabilidades de las mujeres en el hogar eran numerosas y continuas, desde el amanecer hasta la puesta de sol, al menos. Debido a la no muy alta esperanza de vida, una mujer casada posiblemente pasó la mitad de su vida embarazada o amamantando a sus pequeños. Los numerosos entierros fetales e infantiles en la parte inferior del cementerio oriental atestiguan que las familias eran numerosas y que podrían haberlo sido aún más de no haber sido por las tempranas muertes sufridas. Como en todas partes de Egipto, la cocción de pan era de primordial importancia, ya que se trataba del alimento básico de la dieta antigua. Preparar éste y otros comestibles fue, sin duda, responsabilidad del sector femenino también.



Figura 14. Óstracon procedente de Deir el-Medina mediante el cual ver una madre amamantando a su pequeño.

Fuente: Rosalind- Jansenn, 2007: 5.

He podido encontrar un ejemplo particular que sorprende por su marcada diferenciación en cuanto a lo dicho anteriormente. Se trata de un escrito redactado por el escriba Butehamun durante la vigésima primera dinastía: una carta que fue encontrada al lado de la tumba de su difunta esposa donde narra las arduas y variadas actividades de la misma. En ella recuerda cómo la hermosa Ikhtay solía asistir a muchos trabajos desarrollados en el campo o se encontraba pasando las horas con el ganado. Tampoco hemos de cegarnos con esta información; Egipto era, después de todo, una sociedad agraria, y las mujeres campesinas típicamente tenían innumerables responsabilidades para la supervivencia de sus familias, compartiendo para ello las labores de los hombres, especialmente porque sus esposos estaban lejos de casa la mayor parte del tiempo. Lo que sí pudo sorprender esta vez, en todo caso, sería la destacada posición que estaba desempeñando el marido de Ikhtay.

De cualquier manera, parece lógico pensar que muchas de las decisiones recaerían en las esposas alojadas en la aldea mientras que los maridos se encuentran trabajando en el Valle de los Reyes o, en su defecto, en el de las Reinas. Además, los hombres dependían de que sus esposas les enviaran comida. Una nota de un escriba a su

esposa lo pone de manifiesto, en la que se dirige a ella formalmente por su título religioso, y le pide frijoles para poder acompañar con ellos el pan (Lesko, 1994). Por su parte, otro escriba pide que les sean enviados papiros y tableros de escritura. Éstas y otras notas similares sugieren, no solo que las féminas sean capaces de leer, al menos, mensajes simples (el tema de la educación será abordado más adelante), sino la confianza depositada en la esposa o en la hija, convirtiéndose en algo así como las asistentes del escriba. De hecho, hacia el final de la historia de esta comunidad, sabemos que el escriba Nesamenopet se encontraba fuera de la ciudad y que fue su esposa Hennutawi quien se encargó de dispensar las raciones llegado el día de pago.

Con demasiada frecuencia, se pasa por alto que una buena tejedora y costurera fue capaz de aumentar considerablemente el poder adquisitivo de su familia en esta sociedad anterior a la acuñación de moneda. Algunas de las mujeres de la aldea pueden haber trabajado en estudios de tejido conectados con templos, pero la gran mayoría seguramente trabajaron el hogar. De cualquiera de las formas, su tarea habría sido muy beneficiosa, ya que, como muestran los registros, el gobierno entregó ropa a los trabajadores como parte de su salario anual, pero se trataba de una pequeña cantidad, encontrándose en los hogares una realización de tejidos mayor. Quizás no todas las familias tuvieran los medios para poseer un telar, y tal vez algunas mujeres no aprendieron las técnicas de tejer y coser lo suficiente como para vestirse a sí mismas y a los suyos, o para crear artículos que luego pudieran vender a otros. Pero, una cosa es cierta: una mujer que fuera lo suficiente lista como para hacerlo podría ser el pilar fundamental de una familia, tuviera o no marido.

Asimismo, varios antropólogos han llegado a demostrar la especial influencia ejercida por la mujer en el futuro de sus hijos. Esta idea se va a entender a la perfección con una canción de amor encontrada en Deir el-Medina en la que se presentaba a la madre como la figura a quién el pretendiente debe pedir la mano de la niña, a pesar de que ambos padres aparecen mencionados con vida. En cualquier caso, los óstraca no literarios demuestran que ambos, tanto el padre como la madre, desempeñaron un papel bastante activo en el cuidado de los hijos. Se aseguraban, por ejemplo, del bienestar de sus hijas en el caso de que sus matrimonios no fueran satisfactorios. Un padre llegó a exigir a su futuro yerno que sería sometido a cien latigazos y que perdería toda la propiedad acumulada por él y su esposa durante el matrimonio si alguna vez la abandonase.

La fraternización entre los sexos antes del matrimonio era posible, tal y como aparece indicado en las canciones de amor de la época, a lo que se le suma la participación de todos en las diferentes celebraciones públicas, pues, unas vez más, aparece documentada en los óstraca (Lesko, 1994).

Muchas hijas de la aldea se quedaron allí, en Deir el-Medina, a través de contraer matrimonio con hombres también residentes, aunque algunas, evidentemente, pudieron haberse casado con forasteros o con quienes se mudaron en busca de trabajo. Casarse dentro de la pequeña aldea, significaba a menudo y como ya pude anotar, casarse con el primo de uno. Normalmente, la joven pareja no solía vivir con ninguno de los padres sino que empezaban a formar su vida totalmente por su cuenta. También es posible que algunos matrimonios fuesen concertados, particularmente entre familias de propiedad, aunque poco se conoce sobre ellos. Normalmente, los trabajadores se unían en matrimonio porque ésta era la situación ideal, aquélla que llevaba a la procreación tan importante en la mentalidad egipcia. Para que un hombre y una mujer se considerasen casados, no era necesario ningún tipo de ceremonia; era suficiente con el acuerdo verbal entre los contrayentes y el hecho de permanecer ambos bajo el mismo techo.

Así como las muertes, los divorcios también tuvieron cabida en esta comunidad, generalmente causados por esterilidad o adulterio, por lo que, aunque lo que se practicase fuese la monogamia, no son nada raros los segundos o los terceros enlaces matrimoniales. Por último, resulta bastante excepcional encontrar un trabajador cuya esposa contase con un título religioso registrado en un monumento de carácter funerario o votivo. Dicho esto, ha llegado la hora de abordar este nuevo ámbito.

4. Religión

“Las preocupaciones y obligaciones religiosas formaban parte de la vida cotidiana de la gente de Deir el-Medina” (Friedman, 1994: 95). Eran optimistas acerca del futuro bendecido que a cada uno de ellos les esperaba, y, por ende, estaban plenamente dispuestos a dedicar gran parte de su tiempo y recursos a dicho fin. Con lo cual, no se puede negar el papel tan importante e íntimo que jugó la religión en esta comunidad.

Las estelas votivas privadas proporcionaron quizás la mejor evidencia de la piedad personal y la religión de la gente común del pueblo. Consistieron en expresiones individuales de fe o confianza en una u otra deidad, mostrando su gratitud por los favores divinos y las peticiones llevadas a cabo en momentos de adversidad. Con ellas, e incluso sin la necesidad de existencia de las mismas, existía una gran cercanía a los dioses que abocaba a la familiaridad.

Entre las deidades domésticas en Deir el-Medina, las mujeres acudieron a Hathor, Taweret y Bes en busca de protección en el momento del parto, y todas miraron a Renenutet y Meretseger en el ámbito de la comida y seguridad. Bes no era otro sino un popular dios egipcio, representado como un enano barbudo al que se le asocia con amuletos y frescos encontrados en el pueblo. Efectivamente, su principal función era como un dios de la fertilidad, pero también le preocupaba la danza y la música. Por su parte, Taweret, escrito también Tueret, es representada con las características de un hipopótamo hembra, de pie y embarazada; protectora de mujeres encinta y niños, además cuidó el sueño. Los propios trabajadores parecen haber honrado particularmente a Ptah y Reshep con su patrocinio de la artesanía y la fuerza, y los santuarios de Thot y Seshat reflejan que debieron estar muy relacionados con la tarea de los escribas. El dios Ptah, que originalmente provenía de Menfis, llegó a ser considerado como el patrón de los artesanos y el señor de la justicia, hallándose gran cantidad de estelas erigidas en su nombre. Thoth se convirtió en la guía del arte de los escribas.

El número de capillas dedicadas a diferentes deidades es indicativo de la devoción, la tolerancia y la necesidad, tanto de los trabajadores como de sus familias, de la expresión religiosa pública. Los aldeanos tenían un total de dieciséis a dieciocho pequeños templos o capillas; los más grandes entre ellos fueron los dedicados a Hathor y Ramsés II en el extremo norte de la villa, y otro a Ptah en el sendero suroeste que conduce al Valle de las Reinas. Por su parte, cualquier capilla individual habría proporcionado una residencia local para el dios o la diosa a quien estaba dedicada y un lugar donde poder presentar ofrendas. La diosa vaca Hathor era considerada como una diosa del amor y la fertilidad, pero también como una divinidad referente con el cielo y una enfermera divina para los reyes. Su vinculación en el periodo ptolemaico con Deir el-Medina permitió que el templo construido haya perdurado hasta nuestros días.

De todas formas, las capillas simbolizan el reconocimiento de la comunidad de los dioses, nacionales y locales, y el importante asunto de sus creencias mortuorias, pudiendo ser igual de relevante Meretseger, deidad local, “Dama de la Montaña Occidental” como el gran dios de los muertos, Osiris (Lesko, 1994). Evidentemente, si algunas deidades fueron reconocidas en todo el país y otras no, fue debido al patrocinio de la corte y a la influencia de su sacerdocio.



Figura 15. Adoración de la diosa local Meretseger. Este ostracón finamente pintado carece del nombre del devoto.

Fuente: Bierbrier, 1982: 88.

En cuanto a la figura de Meretseger, estaría bien indicar que, cuando se llevó a cabo la excavación en el templo de Hathor, fue descubierta la estatua de esta divinidad femenina que, en ocasiones, fue identificada como una de las formas tomadas por la diosa del amor. Dicho esto, y a parte de estar asociada con el gran pico, ahora conocido como El-Qurn, a menudo aparecía representada con el disfraz de una cobra. Es por ello que siempre que escuchemos hablar de la diosa serpiente se estará aludiendo a esta deidad cuyo culto fue especialmente fuerte en el poblado. Por su parte, la veneración hacia Osiris parece mucho mejor representada en las tumbas que en las estelas, dato que se contrapone con el del dios Ptah. No debe causar sorpresa, pues como señor del inframundo y protector de todos los difuntos, Osiris siempre fue invocado de una forma muy natural en el contexto funerario.

Incluso las divinidades asiáticas extranjeras, que eran populares en Egipto durante el Nuevo Reino, también hacen su aparición en Deir el-Medina. Se encuentran dentro de este grupo Reshep, un dios de la guerra, al que se le suma las diosas de la fertilidad Qudshu, Anat y Astarte. A menudo, Anubis, con un cuerpo humano y una cabeza de chacal, aparece pintado en las paredes de algunas tumbas de los trabajadores, mientras se inclina sobre el cuerpo del difunto para recitar el conocido de forma abreviada como “ritual de la apertura de la boca” mediante el cual se devolvía (o se otorgaba) el uso de las facultades por las que se manifiesta la vida.

Estos habitantes no solo adoraban a los dioses, sino también a los reyes deificados y otros mortales. El culto a Amenhotep I estuvo muy presente, pues este rey deificado tuvo muchas fiestas durante el año y su estatua fue llevada en procesión. De hecho, uno de los centros religiosos más importantes de la comunidad era el templo que le fue dedicado a él y a su madre (ya sabemos la importancia de estas figuras en el poblado, siendo considerados sus patronos, aunque luego fuese su sucesor Tutmosis I el verdadero fundador al construir las casas de la aldea para los trabajadores). Amenhotep aparece en gran cantidad de estelas y en tumbas, donde, en ocasiones, se le representa con otros miembros de su gran familia, tales como sus hermanos; hemos podido conocer así al joven príncipe Sipair, que parece haber fallecido en edad temprana. Una segunda forma de adoración a este rey es la que aparece raramente, y sólo en la dinastía XIX, llevando éste una corona azul en la cabeza, probablemente un casco de guerra.

En el museo egipcio de Turín se conserva una estatuilla de piedra caliza, de 65 cm de alto, en la que Amenhotep, sentado en el trono, aparece con expresión dulce y mirada firme. El soberano es representado con una barba falsa, que generalmente, era aplicada durante las ceremonias. El templo a Ramsés también es otro claro ejemplo de este tipo de culto, y como él pudieron haber existido diferentes capillas dedicadas al honor de otros faraones.

Siguiendo con el ámbito religioso, mucho más interesante son las estelas que se dedicaron a la memoria de los miembros fallecidos de Deir el-Medina. Algunas de éstas fueron erigidas en las casas y han sido recuperadas en el proceso de excavación, mientras que otras fueron colocadas en las capillas. En todo momento el culto a los antepasados estuvo presente en el poblado y una evidencia más de ello fueron los bustos ancestrales existentes en los diferentes hogares. Por supuesto, esta veneración de las

generaciones fallecidas puede no haber sido exclusiva de Deir el-Medina, pero en ningún otro lugar las evidencias son tan claras de interpretar como lo son aquí (Bierbrier, 1982).



Figura 16. Libación frente a un busto antropomorfo. Estela dibujada por Mary Winkes.

Fuente: Lesko, 1994: 109.

Típicamente pequeños, con un promedio de 10 a 25 cm de altura, y generalmente hechos de piedra caliza o arenisca, los bustos antropoides fueron objetos fácilmente transportables y una importante cantidad de los encontrados proceden del pueblo. Es frecuente que, entre los que han sobrevivido con la cabeza intacta, muestren una peluca tripartita. El deseo de los aldeanos de preservar los lazos entre las generaciones presentes, pasadas y futuras juega un papel fundamental en la zona.

Con frecuencia, se pedía a los dioses que intercedieran en los problemas personales de los habitantes. Es más, las estelas no sólo fueron talladas y erigidas por motivos funerarios, sino también en respuesta a situaciones específicas en las que sea deseaba agradecer al dios o diosa en cuestión. Bien es cierto que el dibujante Nebre creó una estela para honrar a Amón-Ra por curar a su hijo Nakhtamun, en la que se puede

ver textualmente, aparte de otras palabras, las siguientes: “Haré esta estela en tu nombre, y registraré esta oración por escrito”. Del mismo modo, estos trabajadores interpretaban las desgracias experimentadas como un castigo divino por sus faltas o pecados no reconocidos.

Como resultado de esta relación con lo divino, por vez primera se describe claramente el concepto de pecado y su expiación, y al mismo tiempo se demuestra la condición moral tan elevada que poseían los habitantes. Meretseger fue una de las damas más invocadas en este contexto de piedad, sensible a las oraciones, figura a través de la que cual obtener seguridad con la que poder lidiar con las diferentes dificultades presentadas en el transcurso propio de los días. No hay que olvidar tampoco su fuerte carácter funerario que afirma su personalidad en el Nuevo Reino. Meretseger fue una diosa que nace, vive y muere con Deir el-Medina.

Es fácil darse cuenta que tanto la gratitud sincera por la ayuda recibida como el verdadero arrepentimiento por los errores cometidos estaban siempre presentes en la aldea.



Figura 17. Estela de Hesuneh.

Fuente: Bierbrier, 1982: 31.

El capataz fallecido Neferhotep se representa en la parte superior de la estela. Debajo de Hesunebef, su familia, otros dos trabajadores y sus esposas y, posiblemente la viuda de Neferhotep, se arrodillan en adoración.

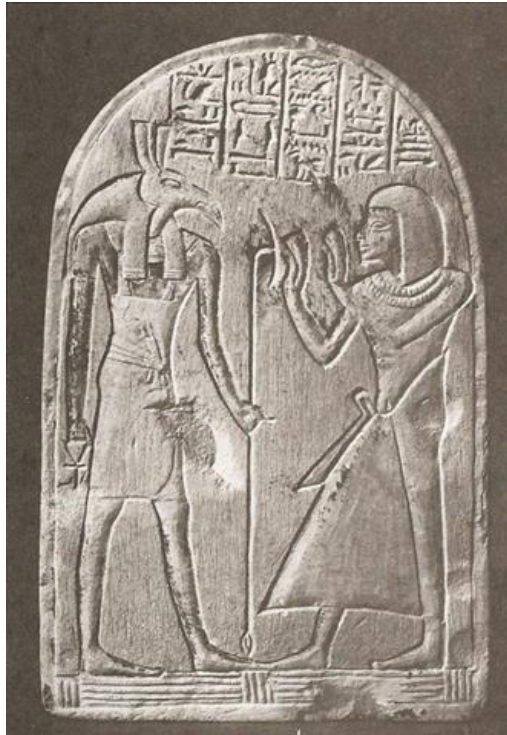


Figura 18. Estela de Aapahte.

Fuente: Bierbrier, 1982: 37.

Con tal numerosidad de divinidades y templos, podría pensarse que esta comunidad requería de una gran cantidad de sacerdotes para llevar a cabo las diferentes necesidades. Éste, sin embargo, no fue el caso, ya que los propios obreros actuaron como sus correspondientes sacerdotes, realizando todos los rituales sagrados para sus dioses. En los días festivos, los trabajadores adoptarían dicho rol y se encargarían, por ejemplo, de llevar la imagen del dios en procesión a través de la aldea y, probablemente, más allá de ella. Los dioses importantes no solo tenían un día de fiesta, Amenhotep tenía al menos siete. Del mismo modo, participarían en los grandes festivales religiosos, como la Fiesta del Valle, cuando la imagen sagrada del dios Amón de Karnak cruzaría el río para visitar los templos mortuorios de los gobernantes fallecidos. Se trataba del festival más grande en el que participaron estos aldeanos.

No todas las ocasiones fueron festivas, sino que el calendario religioso incluía también días de duelo y meditación. No está de más apuntar que los egipcios, al igual

que los griegos, concebían a sus dioses teniendo deseos y debilidades humanas. Dicha faceta se ha visto reflejada en cuentos populares sobre las deidades y sus actividades recogidas en la villa y uno de ellos, siendo más exactos, se conserva en un magnífico rollo de papiro, ahora en la Biblioteca Chester Beatty de Dublín. En él, los dioses se muestran plenamente sujetos a las faltas humanas de la codicia y la lujuria.

En el asentamiento para las pernoctaciones realizadas por los trabajadores en el camino al Valle de los Reyes, también hallamos más de cincuenta santuarios pequeños, lo que, una vez más, demuestra la amplia devoción personal, hasta cuando se encontraban lejos de sus respectivos hogares.

De forma concluyente, los admirables templos y el sacerdocio austero no son más que un aspecto de la antigua religión egipcia, sin embargo, la interacción personal entre los dioses y el hombre puede verse mucho mejor en la comunidad de Deir el-Medina que en los templos de Karnak y Luxor.

5. Administración de justicia

“La vida de cualquier pequeña comunidad no siempre funciona sin problemas. Las disputas o incluso la violencia pueden estallar entre sus miembros, y la aldea de Deir el-Medina no fue la excepción” (Bierbrier, 1982: 103).

Para resolver cualquier desacuerdo que pudiera suceder, la comunidad poseía su propio tribunal, conocido con el nombre de *kenbet*, conformado por los altos cargos de los trabajadores (los capataces, diputados y escribas), además de ciertos miembros ordinarios del poblado dada su antigüedad o su estima. Es muy posible que sus sesiones hayan tenido lugar en días de descanso cuando los hombres no estaban trabajando en la tumba real o también durante la noche, cómodamente próximos al Valle de los Reyes. El tribunal tenía el poder de resolver todas las acciones civiles e incluso llegaron a resolver asuntos penales menores, pero los casos de suma importancia relacionados con delitos capitales se remitieron al tribunal del visir en Tebas.

La mayor parte de los casos juzgados por este tribunal parecen haber consistido en disputas sobre la falta de pago de bienes y servicios. Todo parece haber funcionado correctamente y, por lo general, los habitantes del poblado, se encontraban bastante

preparados para acudir a la ley, incluso por lo que pudieran ser considerados como asuntos insignificantes.

Existen varias evidencias en este ámbito que se corresponden con el mismo trabajador; hablamos de Menna y una de ellas fue la demanda que efectuó en el año veintiocho de Ramsés III al transportista de agua Tcha por haberle vendido un burro que no se encontraba en aptas condiciones. Hay que decir que Menna ganó el caso y que el tribunal ordenó a Tcha que retomara el pago o, en su defecto, le proporcionara un burro mejor. Sin embargo, la decisión del tribunal en tales asuntos no siempre fue definitiva. En ocasiones, había que obligar al deudor a pagar. Es por ello por lo que los guardianes de las puertas de la tumba fueron contratados por el tribunal para efectuar los pagos exactos, aunque luego es cierto que se han registrado casos que muestran que los pagos podían evitarse durante largos periodos de tiempo a pesar de la sentencia legal.

Si alguien no estaba de acuerdo con la decisión tomada o un reclamante prefería no confiar en los jueces, también era posible apelar a los dioses. De esa forma, se le podría pedir al rey deificado Amenhotep que emitiera un veredicto sobre cualquier reclamación que se le presentase y la decisión estaría respaldada por la fuerza religiosa y legal. Muy a menudo la gente del poblado hacía uso de los oráculos, y no sólo y exclusivamente en temas de justicia.

El tribunal también tenía una función notarial, ya que las escrituras de donaciones o las divisiones de bienes se registraron ante él, probablemente para prevenir cualquier disputa futura. Un ejemplo muy claro fue el de la señora Naunakhte, en el año tres de Ramsés V, que dividió su propiedad como a ella le pareció conveniente, y tanto su esposo como sus hijos juraron cumplir sus deseos. Los procedimientos se registraron cuidadosamente en el papiro para, posteriormente, no dar lugar a ningún tipo de enfrentamiento.

Además de los juicios por deudas y bienes, el tribunal se tuvo que ocupar de delitos más graves, como el robo. Un notable juicio tuvo lugar en el año seis de Seti II, cuando el obrero Nebnufer compareció ante el tribunal y acusó a la dama Heria de haberle robado una valiosa herramienta que él mismo había enterrado en su casa. No explica el motivo de haberla enterrado, pero según sabemos tal precaución hubiese sido necesaria debido a la tensa situación en la que se encontraba envuelta Tebas por aquel entonces. Fuera como fuese, el propietario parece haber dejado el pueblo temporalmente

y, a su regreso, la herramienta sepultada ya había desaparecido. El tribunal entonces acabó interrogando a Heria, mediante juramento, manteniéndose ella en todo momento en la negativa. Finalmente, su casa fue registrada y allí se halló la prueba del delito.



Figura 19. Óstracon en el que se recoge un caso de robo y perjurio.

Fuente: Bierbrier, 1982: 106.

Por lo tanto, la dama no solo era culpable de robo, sino también de perjurio y blasfemia, cómo bien quedó registrado en este óstracon inscrito por ambos de sus lados. El tribunal inmediatamente declaró a Heria “digna de muerte”. No obstante, en tales casos criminales, el tribunal sólo podía decidir si se era culpable o inocente, no podía imponer la pena capital. Todo el asunto fue remitido al visir para su juicio final. No hace falta decir que no conocemos cual acabó siendo el veredicto.

Un caso de blasfemia con consecuencias potencialmente mucho más peligrosas había sido juzgado apenas un año antes en la comunidad. En el quinto año de Seti II, diferentes aldeanos declararon que el capataz Hay había pronunciado insultos contra Seti. Seti era, indudablemente, el faraón, y un ataque a su persona era equivalente a un sacrilegio. En su defensa, Hay declaró que, en el momento del presunto delito, estaba profundamente dormido. Posteriormente, el tribunal investigó el origen de los supuestos insultos, pero en este punto los acusadores guardaron un misterioso silencio y añadieron que no habían oído nada en absoluto. Luego, se les pidió que juraran que no estaban ocultando información. Fueron sentenciados a recibir cien golpes cada uno por dar falso

testimonio. Este caso resulta claramente extraño. ¿Fue simplemente la acción de unos pocos obreros descontentos que intentaron igualarse con el jefe, pero que luego perdieron el valor en el último momento? En cualquier caso, Hay continuaría trabajando como capataz durante unos treinta años más y sería su hijo quien acabase optando al cargo tras su muerte.

Un dato particular es el de que los casos llevados a cabo por los denominados “desviados sociales” fueron algo excepcional en esta comunidad de obreros y artesanos. En todo caso, nos encontramos con el ejemplo característico de Paneb que fue acusado de robo, asalto sexual, embriaguez e incluso de asesinato. Nuestro conocimiento de los crímenes de Paneb se debe casi en su totalidad a una petición elaborada hacia el final de la Dinastía XIX que recoge diferentes acusaciones en torno a esta figura, el famoso *Papyrus Salt 124*. A pesar de haberse registrado todo con detalle, no hubo condena, solo sabemos que finalmente se llevó a cabo un juicio y que Paneb fue destituido de su cargo de capataz. Si todos los cargos fueron probados, entonces seguramente Paneb habría sido ejecutado. Tal vez algún día se revele mayor información sobre este episodio intrigante en la historia de la comunidad.

Mientras que el Valle de los Reyes estaba protegido, más o menos de forma adecuada, las tumbas de los nobles y las tumbas reales de la XVII dinastía, ubicadas en el acantilado que daba al Nilo, así como el Valle de las Reinas, fueron objetivos mucho más fáciles para cualquier posible ladrón de tumbas. Diferentes y variadas evidencias de desvalijo de tumbas reales aparecen también, aunque es de destacar que los implicados directos muy rara vez estaban vinculados a la comunidad de Deir el-Medina.

Un método que solía emplearse para que los acusados confesasen era el conocido como bastinado, mediante el cual golpeaban las plantas de los pies descalzos. A diferencia de la mayoría de los tipos de flagelación, este castigo estaba destinado a ser más doloroso que a causar una lesión real a la víctima.

La información sobre la comunidad y el oeste de Tebas en los próximos años es escasa. La guerra civil devastó el área de Tebas al menos dos veces en una década. El pueblo de Deir el-Medina fue abandonado y sus habitantes buscaron refugio detrás de las paredes del templo funerario de Ramsés III en Medinet Habu. Sin embargo, ni aquí la seguridad estaba garantizada: el templo fue asaltado por tropas ingobernables, sus tesoros saqueados y los refugiados esclavizados.

6. Aspectos intelectuales

Siempre resulta difícil entender la psicología de las personas que vivieron hace tanto tiempo y sobre las cuales sólo tenemos conocimiento aleatorio. En Deir el-Medina, donde las vidas de los trabajadores estaban dedicadas a excavar y decorar tumbas reales destinadas a la vida después de la muerte, tenía que haber un aura especial de magia y misterio que hubiera tocado especialmente a los más religiosos (Lesko, 1994).

Como ya pude hacer mención, el poblado de Deir el-Medina cuenta con unas de las más extraordinarias tasas de alfabetización al manejar el arte de leer y escribir gran parte de sus habitantes, no sólo los trabajadores, sino también sus familias, aunque podrían haber disminuido en los últimos periodos según diversos análisis. En cualquiera de los casos, es quizás el único sitio de Egipto con los datos verdaderamente adecuados para realizar una evaluación de la alfabetización, sobre todo si nos centramos en el Nuevo Reino. De hecho, nos podemos considerar afortunados de disponer de tantos papiros, óstracas y grafiti como de los que disponemos.

“Las notas de los escribas enviadas desde el asentamiento sobre Deir el Bahri a sus mujeres en la aldea de abajo habrían quedado sin respuesta cuando todos los escribas trabajaran a menos que algunos de ellas también pudieran leer” (Lesko, 1994: 135). He querido apuntar esta cita para que así se llegue a entender mejor la idea que estoy plasmando.

Muchos de los trabajadores de este poblado podían escribir, mínimo, sus respectivos nombres y, como resulta más fácil leer que escribir, un buen número debe haber podido leer los mensajes intercambiados. Ello tampoco demuestra que pudiesen entender las sutilezas de los textos propagandísticos que les rodeaban. Lo que sí considero esencial decir es que los obreros fueron, en todo momento, bastante conscientes de su propia importancia al recaer en ellos la obligación de construir las tumbas para sus soberanos; el parón en el trabajo constituiría uno de sus principales motivos de preocupación.

Si algo resultó ser muy usual en esta comunidad fue la interpretación de los sueños. Evidentemente, carecían de precisión y los sueños que tenían los aldeanos contaban con multitud de significados. En diferentes casos, la interpretación que hacían

de éstos era lo contrario de lo que en sus sueños aparecía. Por poner ejemplo, si en sus noches de descanso disfrutaban de un suceso feliz ello era visto como un mal augurio; algo malo les estaría por ocurrir.



Figura 20. Libro de sueños escrito por el escriba Kenherkhepeshef.

Fuente: Bierbrier, 1982: 34.

-La enseñanza

La enseñanza se transmitía en el marco familiar pero también en la escuela emplazada bien en la misma villa o en el cercano templo de Medinet Habu, donde los aprendices de escriba practicaban sobre óstraca (fragmentos de caliza) sus ejercicios, en hierático para los documentos oficiales y en jeroglífico para los textos sagrados, copiando un modelo que les era facilitado por su profesor. Además, hacían también ejercicios artísticos.

Los niños, siempre que fuera posible, ya sabemos que perpetuaban el trabajo de sus padres, aunque se empleaban sólo los que fueran más hábiles. Miles de ejemplos de óstraca, así como alrededor de 2.000 papiros fueron depositados en su mayor parte en el gran pozo, y nos transmiten los lazos y los avances de manos todavía inseguras en el arte de la escritura y de la pintura.

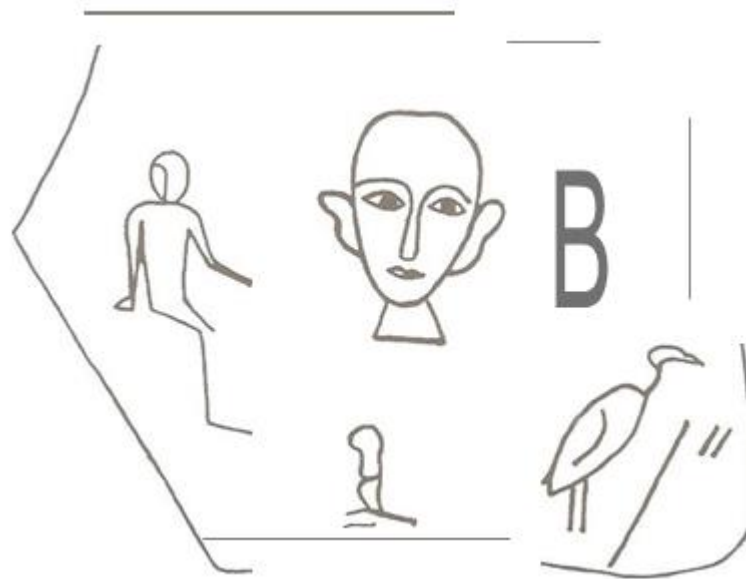


Figura 21. Óstracon en el que podemos observar dibujos de práctica de figuras por parte de un escultor.

Fuente. Rosalind- Jansenn, 2007: 74.

Entre los papiros hallados en Deir el-Medina, destacaremos un grupo denominado “Papiros Satíricos”. Parece que en ellos los artistas del poblado se apartaron de los cánones del arte egipcio realizando un trabajo mucho más libre y creativo. En él, frecuentemente ridiculizaban a la sociedad, llegando a representar al rey bajo el aspecto de un animal en actitudes grotescas. Estos motivos también se recogieron en diversos óstraca.

Y, aunque no se sabe de la existencia de un gran autor proveniente de Deir el-Medina, la aldea sí que tenía al menos un bibliófilo importante, identificado como Kenber-khepshef, escriba de la tumba en la segunda mitad de la dinastía XIX. Las pistas que nos vinculan a su colección de papiros y nos ayudan a rastrear su historia son apropiadas para este caso, pero como sucede con la mayoría de los rompecabezas antiguos, todavía faltan algunas piezas. Al final de uno de los primeros libros de sueños de la Dinastía XIX aparece su inconfundible redacción, dándose posteriormente un suplante de identidad por parte de un trabajador llamado Amen-Nakhte que aseguraba, falsamente, que esos escritos le pertenecían.

Entre los textos de archivo de Deir el-Medina que pretendían mantener a los estudiantes en sus libros se encuentra el famoso pasaje de *Papyrus Chester Beatty IV*

(uno de los textos de la biblioteca de Ken-ber-khepshef), que habla de los escribas eruditos del pasado que predijeron el futuro y cuyos escritos hacen que se recuerden:

"¿Hay alguno aquí como Hordedef? ¿Hay otro como Iyemhotep? No ha habido ninguno entre nuestros parientes como Neferti y Khety, que sean los más destacados entre ellos los nombres de Ptahemdjedhuty y Khakheperre'-soneb. ¿Hay otro como Ptahhotep o Kaires?".

Dado que la fama permanente debe ser un sello de grandeza, resulta significativo que un texto escolar sobreviviera en Deir el-Medina con la lista de ocho autores a los que se haga referencia como “grandes”. Varios de los nombrados, son bien conocidos por otras fuentes. Sin ir más lejos, Ptahhotep era un visir de la Sexta Dinastía y Hordefef, un príncipe de la Cuarta Dinastía; ambos eran conocidos como los autores de instrucciones.



Figura 22. *The Chester Beatty Papyrus.* Este extraordinario papiro fue descubierto de tal manera que se tuvo que desenrollar cuidadosamente para poder examinar el texto.

Fuente: Bierbrier, 1982: 143.

Los pocos textos literarios que sobrevivieron del Reino Antiguo junto con esta lista de autores famosos parecen apuntar hacia un solo género de literatura para este periodo: la literatura sapiencial o *Sebayt*, como se llamó en el Egipto faraónico. Básicamente, este tipo de literatura aparece compuesta por enseñanzas o instrucciones, dadas, normalmente, por un padre a su hijo. Lo que ocurre es que no se conoce cuál era

su conexión exacta con la escuela, es decir, si fue la escuela las que las produjo o si fueron llevadas a cabo para la escuela.

No obstante, la Sátira de los Oficios constituye la obra más popular en el poblado. No es muy sutil, pero en ella se nos muestra la preocupación de un maestro por sus alumnos así como los trucos que llevaría a cabo para mantenerlos entretenidos en sus estudios, haciéndosela copiar en repetidas ocasiones. La moraleja que se saca de ella es clara; no hay suerte como la que corre por cuenta de un escriba al ser ésa su profesión. De esta forma, se enumeran las penurias asociadas a los distintos oficios, ensalzando el trabajo de la persona letrada por encima de cualquier otro. El trabajo de escriba les abriría la perspectiva de un futuro benéfico, próspero y envidiable.

Para finalizar, procedo a adjuntar algunas partes del escrito, basándome en la traducción realizada por Delgado Serrano.

“Comienzo de la instrucción que hizo un hombre de Silé llamado Dua-Hety para su hijo Pepy, mientras marchaba al sur hacia la Residencia para situarlo en la escuela de los funcionarios y los más destacados de la Residencia”.

Le dijo: “He visto a los que han sido apaleados. ¡Aplicate a los libros! He visto a los que fueron llamados al trabajo. Mira, nada hay mejor que los libros, son como un barco en el agua”.

“Mira, no hay una profesión que esté libre de director, excepto el escriba. Él es el jefe. Si conoces la escritura, te irá mejor que en las profesiones que te he presentado”.

“Mira, es bueno que seas enviado frecuentemente a escuchar las palabras de los magistrados. Conseguirás los modales de los biennacidos, si marchas tras sus pasos. Se ve al escriba como a alguien que escucha; el que escucha se convierte en alguien que actúa. Has de levantarte cuando se dirijan a ti; a tus pies han de apresurarse cuando marches. No confíes. Únete a gentes distinguidas; asóciate con el hombre de tu generación”.

7. Conclusiones finales

Abordar el poblado de Deir el-Medina ha supuesto ser una verdadera aventura sin necesidad de tener que moverme de mi ciudad. Sin duda, ha resultado constituir un asentamiento de características totalmente especiales en el que residieron gentes extraordinarias, dotadas de un status superior al de cualquier simple ciudadano, y al mismo tiempo, sujetas a las conductas más humanas. Realmente he llegado a disfrutar al ir recopilando datos e ir conociendo así cada uno de los ámbitos que conformaban la vida de estos trabajadores y, por supuesto, la de sus familias, bastante diferente a la de los testimonios habituales. Quizá ahí resida su magia. No es extraño que a día de hoy configure uno de los principales yacimientos que proceden del Antiguo Egipto.

Considero que he alcanzado los objetivos que en un principio me motivaron a iniciar y a seguir el presente trabajo puesto que he intentado analizar esta comunidad desde todas las perspectivas posibles, centrándome más o menos en cada una de ellas según fuera necesario, e intentando no dejarme nada en el tintero. Con cada paso que daba esperaba con ganas el siguiente a dar, como el que termina su libro favorito y expectante aguarda su continuación.

Meterme de lleno en la historia de un antiguo asentamiento tan reconocido como lo ha sido “El Lugar de la Verdad” con todo lo que ello conlleva me ha resultado verdaderamente fascinante. Efectivamente, ya lo dije nada más comenzar; no me ha dejado en absoluto indiferente. Sabía que sentía especial predilección por las tierras del Nilo, pero después de haber realizado esta tarea lo tengo aún más claro. Si volviese a empezar con esta andadura, elegiría este mismo tema en mi proyecto final.

No les faltaba razón a los diferentes autores que he trabajado cuando se agrupaban en torno a una misma idea común: Deir el-Medina era y es diferente a cualquier otro poblado de su tiempo. ¡Y ha sido toda una suerte el poder comprobarlo!

8. Referencias bibliográficas

BIERBRIER, M.L. (1982). *The Tomb-Builders of the Pharaohs*. Ed. Charles Scribner's Sons. Nueva York.

DAVOLI, P. (1998). *Città e villaggi dell'antico Egitto*. Ed. La Mandragora. Imola, (Italia).

FRIEDMAN, Florence D. (1994). Aspects of domestic life and religion. En Lesko, L.H. (Coord.), *Pharaoh's Workers. The villagers of Deir el Medina* (págs. 95-118). Ed. Cornell University Press. Ithaca (Nueva York).

LEOSPO, E. – TOSI, M. (1998). *Vivere nell'antico Egitto. Deir el-Medina, il villaggio degli artefici delle tombe dei re*. Ed. Giunti Gruppo Editoriale. Florencia.

LESKO, Barbara S. (1994). Rank, roles and rights. En Lesko, L.H. (Coord.), *Pharaoh's Workers. The villagers of Deir el Medina* (págs. 15-40). Ed. Cornell University Press. Ithaca (Nueva York).

MESKELL, L. (2002). *Private life in New Kingdom Egypt*. Ed. Princeton University Press. (Nueva Jersey).

ROSALIND, M. – JANSENN, J.J. (2007). *Growing up and getting old in Ancient Egypt*. Ed. Golden House Publications. Londres.

SWEENEY, D. (2006). Women Growing Older in Deir el-Medina. En Dorn, A. y Hoffman, T. (Coord.), *Living and Writing in Deir el-Medine: Socio-historical Embodiment of Deir el-Medine Texts* (págs. 135-153) Ed. Aegyptiaca Helvetica 19 (English, French and German Edition). Basilea.

TREVISANI, A. (1998). Le case del villaggio. En Leospo, E. y Tosi, M. (Coord.), *Vivere nell'antico Egitto. Deir el-Medina, il villaggio degli artefici delle tombe dei re* (págs. 15-34). Ed. Giunti Gruppo Editoriale. Florencia.